

Habitar en el virusceno

Josep Maria Montaner, Zaida Muxí

Recibido 2020.09.07 :: Aceptado 2020.09.14
DOI: 10.5821/palimpsesto.22.9652
Persona de contacto: jose.m.montaner@upc.edu
ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-4163-0637>
Doctor Arquitecto por la ETSAB

ABSTRACT

El artículo trata de entrever cuales seran las condiciones de las ciudades, y esencialmente de la vivienda, despues de la vivencia de la pandemia del covid 19 y de la experiencia de los confinamientos.

Sin duda, esta pandemia nos ha puesto, al menos, frente dos futuros posibles: el de la autodestrucción de nosotros mismos, por no consideramos parte de un sistema mayor, ni reconocer nuestra ecoddependencia; o el de un cambio radical en la trayectoria, que nos permita caminar hacia un futuro habitable. Y en este sentido, el derecho a la ciudad y el derecho a la vivienda tienen oportunidad de serlo en la segunda opción, ya que en la primera son sólo bienes de cambio, financiarizados. De nosotros, como sociedad y civilización, depende.

PALABRAS CLAVE: ciudad compacta; vivienda; pandemia; teletrabajo, vida comunitaria.

De la misma manera que nuestro tiempo está siendo denominado con diferentes nombres –antropoceno, andropoceno, capitaloceno, Chthuluceno¹- hoy también podríamos llamarlo virusceno, atendiendo a que situaciones como la pandemia provocada por el COVID-19 se pueden ir alargando y repitiendo, marcando nuestras maneras de vivir y de relacionarnos.

Dicha pandemia se ha de situar dentro de los problemas medioambientales generales, de la crisis climática y de los colapsos sucesivos que estamos viviendo y vamos a vivir -incendios, contaminación, hambrunas, escasez de energía y productos de primera necesidad, subida del nivel del agua, epidemias- que son el resultado de las políticas productivas y extractivas, monopolistas y neoliberales, expresadas en la deforestación para la urbanización, la agroindustria con sus cultivos transgénicos y sus pesticidas, o en la abusiva cría industrial de animales. Ya lo vienen señalando, especialmente, las ecofeministas². Las raíces de todas estas manifestaciones son las mismas: la pésima gestión de los ecosistemas y de los recursos del planeta por parte de la economía capitalista, con la desigualdad creciente; el abuso sobre la naturaleza y los animales; la falta de responsabilidad frente al agotamiento de recursos; y el exceso de contaminación. Para afrontarlo hará falta un nuevo tipo de gobernanza internacional.

La gran pregunta de cómo será la sociedad una vez superada la crisis, dentro de bastantes meses, es difícil de vaticinar; no hagamos de falsos profetas. Es posible que no cambien tan radicalmente las mentalidades, es decir, la cultura difusa predominante, y lo que se produzca, de momento, sea una más fuerte dualización de la que ya hay hoy en el mundo: más injusticias, más desigualdad y más retrocesos a la desesperada para acabar de esquilmar lo que quede de naturaleza y patrimonio, en un contexto en el que, al mismo tiempo, seguirán eclosionando, creciendo y reforzándose los movimientos alternativos, solidarios, ecologistas, feministas y antirracistas; y en el que, por lo tanto, se intentarán endurecer las condiciones de explotación y sofisticar los sistemas de control, dominio y extracción.

De hecho, la cuestión de cómo será la vida cotidiana tras el paso de la pandemia está potenciando una literatura infinita. Para arquitectos/as y urbanistas también se abren muchas incógnitas, que no es posible contestar con certeza, ya que no podemos prever cómo será el escenario del futuro, aunque estemos seguros de que ciertos mecanismo y hábitos no podrá volver a ser como antes. En cualquier caso, tras meses de confinamiento, se abren muchas incógnitas, con la experiencia de las ciudades vacías y las viviendas llenas.

-Necesariamente el urbanismo deberá evolucionar hacia lo que ya se reclamaba en las ciudades y hoy ha eclosionado en ellas: menos tráfico privado y más

transporte público, más verde y más biodiversidad, menos ruido y menos contaminación, poniendo la salud y la prevención, esto que hoy es la clave, en el centro del proyecto urbano futuro. Va a ser un reto mantener la descontaminación y el retorno de animales y biodiversidad, que con el confinamiento se produjo. La naturalización de la ciudad, tal como se ha demostrado durante el confinamiento, no es una tendencia forzada, sino que la naturaleza dejada crecer, libre y viva, sin interferencia humana, es hacia lo que tiende: recupera siempre su espacio y su tiempo. La alternativa que muchos agoreros de la ciudad quieren potenciar, es decir la huida al suburbio, no es, evidentemente, la solución, sino que de lo que se trata es de sacar asfalto y recuperar la tierra común, y de que esta se extiendan los bosques urbanos.

-También se abren incógnitas respecto a los modos de vida en relación al urbanismo. En caso de confinamiento ¿dónde se está y se pasa mejor, en el campo, la ciudad jardín, el suburbio, la segunda residencia en la playa o la montaña, o en la ciudad o metrópolis, en comunidad, aunque manteniendo el aislamiento? Ahí está otra de las pruebas que el virus plantea. Cerca del campo se está más tranquilo y puede ser más sano y relajado, pero también se está aún más aislado y lejos de las facilidades sanitarias y de bienes básicos. En las ciudades el contagio es más rápido, por la densidad y la intensidad de relaciones, pero la posibilidad de solidaridad, de intervención de lo público y de disponer de medios para luchar contra la enfermedad está más próxima. ¿Ciudad jardín o ciudad compacta? Vuelve un debate clásico, en el que sale con ventaja la ciudad compacta, por todas sus cualidades y características de factible sostenibilidad; pero que también es una dualidad superada. Por una parte, hoy la escala es territorial, y la clave un eficiente y diversificado transporte público metropolitano; y por otra, tal como ha demostrado OMA y Rem Koolhaas en la exposición *Countryside: The Future*, el campo y el territorio son hoy infraestructuras al servicio de las metrópolis, que deben gestionarse de maneras alternativas³.

-La cuestión central para la arquitectura es cómo debería ser las viviendas en el futuro, ahora que se han tenido que utilizar hasta el límite de sus posibilidades. Sin duda, también, el derecho a una vivienda asequible, digna y sana se convierte en más urgente que nunca. Las condiciones del espacio doméstico, la calidad de la vida cotidiana y la centralidad de los cuidados se han convertido en las protagonistas. Y es que al volver al espacio público y a la calle, con la vida social y laboral, se tendrán que replantear, desde la gestión, el proyecto y la construcción, todos los procesos de la vivienda, un cobijo que en situaciones de crisis o alarma se puede pasar a utilizar las 24 horas del día durante semanas, por parte de millones de personas en el planeta, pero que en situaciones normales ha de estar estrechamente relacionado con las cualidades de su entorno.

-Un efecto que seguro que se va a potenciar mucho más es la vida de barrio, lo que más se ha echado en falta durante el confinamiento, lo que ha estimulado la auto-organización de redes de apoyo y solidaridad entre vecindario. En un escenario a corto plazo, en el que viajar va a dejar de ser una actividad tan inmediata y se va a restringir a lo más imprescindible, la proximidad y la vida de barrio se van a potenciar. También lo local, en todos los sentidos: la gobernanza municipal; una nueva producción local y respetuosa de derechos y del medioambiente; una economía y unos productos agrícolas de proximidad, evitando la dependencia insostenible de la exportación de productos lejanos; y el refuerzo de la economía cooperativa de proximidad.

-Esencialmente, la vivienda pasará de cumplir la concepción anabólica moderna, es decir, un espacio para pasar algunas horas del día, especialmente para dormir y para la reproducción de la fuerza productiva, para volver a ser el espacio vital, tal como escribió Gaston Bachelard, de la existencia, la rememoración y la imaginación⁴; y reforzarse como el espacio de la labor, en el pensamiento de Hannah Arendt⁵ y el feminismo: de los cuidados, de la convivencia y de la vida.

-Las viviendas deberán ser menos constreñidas a usos exclusivos, más flexibles, menos jerárquicas, más igualitarias, con más aberturas y balcones, con más luz natural y naturaleza, con ventilación natural, con espacios abiertos y comunitarios. La flexibilidad y la planta libre deberán conjugarse con la posibilidad de disponer de espacio propios, donde recluirse, de privacidad dentro de la unidad de convivencia. Es la habitación propia que Virginia Woolf ya reclamaba hace casi 100 años para las mujeres⁶. Es la recuperación y replanteamiento de algunos de los “patterns” de Christopher Alexander⁷. Y es el espacio o habitación satélite, que cada edificio de viviendas debería disponer para usos temporales de sus unidades de convivencia.

-En el caso de que las pandemias se repitan, deberíamos aspirar a confinamientos más colectivos, comunitarios y no tan individuales o por unidades de convivencia, más o menos aleatorias. La salud mental de todas las personas; la sociabilidad de niños y niñas, así como la integridad afectiva y relacional de las personas mayores son afectadas por el aislamiento. Y no dejemos de recalcar que la vivienda puede ser un espacio de máxima inseguridad para para muchas mujeres, que sufren maltrato machista en su interior.

-Por lo tanto, también se deberán potenciar nuevas formas de vida, más comunitarias y cooperativas, que permitan afrontar mejor, y con más soportes de espacios colectivos, personales y emocionales, situaciones de crisis. En las cooperativas de vivienda se ha demostrado claramente durante el confinamiento que cuanto mayor ha sido la experiencia de vida comunitaria y ha habido más espacios comunitarios, como salas de trabajo y juego, patios, comedores y azoteas, mejor se han soportado las dificultades del aislamiento: más relación social, más solidaridad, más comunicación, más tareas compartidas, especialmente el cuidado y formación de los niños y niñas⁸.

-También en esta nueva situación de énfasis en la salud y la previsión va a ser vital la arquitectura bioclimática y la bio-construcción: construir de manera sana, sin materiales nocivos, ni en su composición ni en su mantenimiento y limpieza, aprovechando al máximo las bondades del clima mediterráneo; considerando los beneficios que aporta a la salud un ambiente sano. Se exigirán viviendas más saludables, por sus materiales y productos utilizados, así como por las cualidades ambientales de los espacios.

-El teletrabajo, sin duda, se implantará mucho más rápidamente, después de esta puesta a prueba, improvisada y dificultosa. La crisis sanitaria habrá potenciado más tecnofilia y menos tecnofobia. Esto transformará mucho los espacios y relaciones de trabajo, su propia estructura organizativa y espacial, y exigirá viviendas con espacios, instalaciones y condiciones suficientes y adecuadas para teletrabajar. Es el “espacio de trabajo” que ya reivindicábamos y exigíamos para las viviendas, independiente y cerca de la entrada, hace quince años en “Habitar el presente”⁹. Probablemente se modifique el modo de trabajar, y todos los trabajos que lo permitan se realizarán, al menos parcialmente, desde el espacio doméstico. Aunque también esta necesidad podría dar más sentido a los espacios de trabajos compartidos en el barrio, en proximidad, a una distancia a pie desde los hogares, pero no en la misma vivienda. La cuestión del teletrabajo se debe solucionar desde una escala comunitaria o barrial, en nuestros entornos y barrios, dado que ya muchas de las viviendas están construidas, y evitando un exceso de aislamiento social, que tampoco es deseable. Y previsiblemente, ciertas tipologías de oficinas se podrían convertir en obsoletas y podrían pasar a ser viviendas.

-De esta manera se consolidará un cambio irrevocable en la tipología de la vivienda convencional hasta ahora, centrada en el salón y el televisor (que a su vez sustituyeron el lugar del hogar y la chimenea), y se pasará a una organización del espacio atomizada y aglutinada en torno a los lugares de conexión y a los dispositivos de (tele)trabajo de cada uno de los miembros de la unidad de convivencia¹⁰.

-Una asignatura pendiente será la de proyectar las viviendas con espacios exteriores propios, lo más diversos posibles: grandes y pequeños, para

mirar y para estar, semi-abiertos y abiertos. Es decir, desestigmatizar y fomentar los balcones, que especialmente los promotores privados rehúyen, ya que no comportan metros cuadrados vendibles y se agota parte de la edificabilidad; o superando el prejuicio de ciertos arquitectos que evitan proyectar un espacio de uso y expresión, que se llenará de objetos, andróminas y ropa; un ámbito que, en definitiva, se llenará inevitablemente de vida.

-Y, además, las cubiertas deberán volver a ser comunitarias, tal como se ha comprobado en estos meses, con docenas de personas repartidas por las azoteas de las viviendas de los cascos históricos, haciendo ejercicio, leyendo, comiendo, tomando el sol o charlando de edificio a edificio. Si hoy está prácticamente prohibido este uso comunitario, normativa que se contradice con la voluntad contemporánea de hacer cubiertas verdes, se deberá trabajar a fondo para que lo sean, superando con medios y ordenanzas los peligros, latentes, de que se puedan privatizar o se conviertan en "chill out", barbacoa o lugar ruidoso para el botellón de los jóvenes menos cívicos. La gestión de grupos es imprescindible para construir relaciones comunitarias. Y por lo tanto, la recuperación de lo común comportará el aprendizaje de un nuevo civismo y convivencia.

Todo ello, tal como señalamos en el libro *Política y arquitectura. Por un urbanismo de lo común y ecofeminista*¹¹, solo se podrá llevar adelante en un nuevo contrato social, ahora conscientes de lo que comporta convivir con el covid-19, vital para habitar el virusceno: una nueva alianza entre lo público y lo privado, con el compromiso de la iniciativa privada y dando el máximo espacio a la autogestión de lo común.

Sin duda, esta pandemia nos ha puesto, al menos, frente dos futuros posibles: el de la autodestrucción de nosotros mismos, por no considerarnos parte de un sistema mayor, ni reconocer nuestra ecoddependencia; o el de un cambio radical en la trayectoria, que nos permita caminar hacia un futuro habitable, Y en este sentido, el derecho a la ciudad y el derecho a la vivienda tienen oportunidad de serlo en la segunda opción, ya que en la primera son sólo bienes de cambio, financiarizados¹². De nosotros, como sociedad y civilización, depende.

Todo lo aquí argumentado es, más o menos y actualizado, lo que los expertos y expertas en vivienda, las "viviendistas", venimos reclamando desde hace décadas, pero que ahora se tendrá que afrontar de manera ineludible. Cómo será este futuro, aún no lo sabemos del todo. Sin embargo, ahora hay una oportunidad preciosa de proyectarlo, gestionarlo y ponerlo en práctica. Sin olvidar que es mucho lo que ya ha sido imaginado, realizado, experimentado y escrito sobre la vivienda colectiva más idónea y eficaz, comunitaria, humana y sostenible. Hace falta repensar y transformar, pero no olvidar y empezar de nuevo. Sólo falta buscarlo, descubrirlo y reutilizarlo. Por lo tanto, se nos avecina mucho trabajo.

¹ HARAWAY, Donna J., *Seguir con el problema. Generar parentesco en Chthuluceno*. Bilbao, Consonni, 2020.

² PULEO, Alicia H., *Ecofeminismo. Para otro mundo posible*, Madrid, Cátedra, 2011.

³ AMO/Rem Koolhaas, *Countryside, A Report*, Guggenheim/Taschen, New York, 2020.

⁴ BACHELARD, Gastón, *La poética del espacio*, México/Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1965.

⁵ ARENDT, Hannah, *La condición humana*, Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 1993.

⁶ WOOLF, Virginia, *Un cuarto propio/Tres guineas*, Barcelona, Penguin Random House, 1999.

⁷ ALEXANDER, Christopher, ISHIKAWA, Sara, SILVERSTEIN, Murray, *A pattern language/ Un lenguaje de patrones*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1980.

⁸ GREZNSER, Joana G., https://www.pikaramagazine.com/2020/05/confinamiento-comunidad-navegar-la-incertidumbre-desde-la-casa-comun/?fbclid=IwAR3CdxM8uEoHFUXhXUC8Z2FGN2V8L_pu-2IM7QIDEOZ808NI7pk4FwiGu24 (última consulta 14/06/2020)

⁹ MONTANER, Josep Maria, MUXÍ MARTÍNEZ, Zaida, *Habitar el presente. Vivienda en España: sociedad, ciudad, tecnología y recursos*, Madrid, Ministerio de Fomento, 2006.

¹⁰ PUIGJANER, Anna, LÓPEZ, Guillermo, "Home" en *AA Files* nº 76, Architectural Association, London, 2019.

¹¹ MONTANER, Josep Maria, MUXÍ, Zaida, *Política y arquitectura. Por un urbanismo de lo común y ecofeminista*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 2020.

¹² ROLNIK, Raquel, *La guerra de los lugares. La colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas*. Santiago de Chile, Lom editores, 2015.

JOSEP MARIA MONTANER es Doctor Arquitecto y catedrático del Departamento de Teoría e Historia de la Arquitectura y Técnicas de Comunicación, ETSAB-UPC. ZAIDA MUXÍ es Doctora Arquitecta por la Universidad de Sevilla y profesora del Departamento de Urbanismo de la ETSAB-UPC.

La ciudad abierta

Richard Sennett

The open city

Publicado en diversas fuentes Radboud University (2017), AA, Harvard y GSD

Traducción de Alberto Peñín

DOI: 10.5821/palimpsesto.22.10315

Tradicionalmente, hacemos de nuestras ciudades sistemas cerrados. Para mejorarlas, tendríamos que transformarlas en abiertos. Necesitamos aplicar las ideas de la ciencia sobre sistemas abiertos para alimentar nuestra comprensión de la ciudad. Es más, en una ciudad abierta, cualquier virtud de eficiencia, seguridad o sociabilidad que adquiera la gente, lo hace por sus propios medios. Pero precisamente porque agrupa en un sistema abierto gente diferente por clase, etnia, religión o preferencia sexual, la ciudad incorpora un grado de incoherencia. La disonancia marca una manera de vivir más abierta que la coherencia, y es, además, una disonancia de la que se apropia la gente. No puedo abarcar este argumento en un solo texto, aunque trataré de subrayar sus principales características.

1. Cerrada

El arte de diseñar ciudades entró en declive drásticamente en la mitad del siglo XX. Empiezo por esta paradoja porque hoy en día el planificador tiene a su alcance un arsenal de herramientas tecnológicas –luminicas, ingenieriles para puentes o túneles, nuevos materiales para edificios- que los urbanistas incluso de hace cien años jamás hubieran podido ni imaginar. Tenemos más recursos a nuestra disposición que en el pasado, pero no los utilizamos de manera demasiado creativa

Esta paradoja aparece en la sobredeterminación tanto de las formas visuales de la ciudad como de sus funciones sociales. Las tecnologías que hacen posible la experimentación han sido subordinadas a un régimen de poder que requiere orden y control. Un ejemplo clásico es el *Plan Voisin* de Le Corbusier de mediados de los años 20 para París. El arquitecto concibió la sustitución de una amplia franja de su centro histórico con edificios uniformes en forma de X. La vida pública del plano del suelo de la calle habría sido erradicada; el uso de todos los edificios estaría coordinado desde un único máster plan. No solo la arquitectura de Le Corbusier es una especie de manufactura industrial de edificios. Intentó en el *Plan Voisin* destruir precisamente ese elemento que, como veremos, crea apertura en una ciudad. Suprimió la vida en el plano del suelo. En su lugar, la gente vive y trabaja aislada, en las partes altas de la ciudad.

La distopía se hizo realidad de varias maneras. La tipología del Plan conformó la vivienda pública desde Chicago hasta Moscú, con conjuntos que acabaron pareciendo almacenes para los pobres. La destrucción intencionada de la vibrante vida de la calle se realizó en los crecimientos suburbanos de las clases medias, con la sustitución de las calles elevadas por centros comerciales monofuncionales, por comunidades cerradas, por escuelas y hospitales construidos como campus aislados. La proliferación de regulaciones de zoning en el siglo XX no tiene precedentes en la historia del diseño urbano, y esta proliferación de reglas y burocracia ha desactivado la innovación local y, el crecimiento, ha congelado la ciudad en el tiempo.

El resultado de la sobredeterminación es otra paradoja: estas ciudades congeladas decaen mucho más rápido que un tejido urbano heredado del pasado. [...] La sobre especificación de la forma y la función hace del entorno urbano moderno un lugar muy frágil.

Podría parecer que la ciudad frágil estimularía el crecimiento urbano dado que lo nuevo ahora barre más rápidamente lo viejo, pero los hechos demuestran lo contrario. En los Estados Unidos, la gente huye

los decadentes suburbios antes que reinvertir en ellos; en Reino Unido y en el continente, como en América, "renovar" la ciudad interior a menudo significa desplazar a las personas que han vivido allí antes. Esta fragilidad revela, frente al crecimiento de tipo más abierto, la complejidad que trasciende la simple sustitución de lo que existía anteriormente. Requiere un diálogo entre las formas pasadas y presentes, un diálogo que es amorfo y a menudo yuxtapone el presente y el pasado sin modulación ninguna. [...] El crecimiento en una ciudad abierta es una cuestión de evolución más que de sustitución.

Además de la sobredeterminación, un sistema cerrado tiene dos atributos más: equilibrio e integración que se entienden frecuentemente como virtudes, en políticas gubernamentales en todos los ámbitos, no solo en planeamiento urbano. [...] Pero el planeamiento urbano muestra por qué de hecho el equilibrio y la integración, como ocurre con la sobredeterminación, puede significar destrucción.

El sistema cerrado guiado por el equilibrio proviene de una idea pre-keynesiana de cómo funciona el mercado. Supone algo así como un resultado final donde ingresos y beneficios se igualan. En el planeamiento estatal, la información y los mercados están destinados a asegurar programas que no se "comprometan demasiado", no "hundían recursos en un agujero negro". [...] En un sistema cerrado, un poco de cada cosa se da simultáneamente. Lo cual es una receta para la baja calidad.

En segundo lugar, un sistema cerrado debe ser integrador. Idealmente, cada parte del sistema tiene un lugar en un diseño general. La consecuencia de este ideal es rechazar, vomitar, experiencias que chirrían porque son contestatarias o desorientadoras. Todo aquello que no encaja produce pérdida de valor. El énfasis en la integración pone obviamente un límite a la experimentación. Como una vez señaló el inventor del icono de la computadora, John Seely Brown, todo avance tecnológico plantea en el momento de su nacimiento una amenaza de disrupción y disfunción a un sistema más amplio. Las mismas excepciones amenazantes suceden en el entorno urbano, amenazas que el planeamiento moderno ha intentado prevenir acumulando una montaña de reglas definitorias de un contexto histórico, arquitectónico, económico y social, "contexto" siendo una educada pero potente palabra para reprimir cualquier cosa que no encaje, para asegurar que nada destaque, ofenda o suponga un reto.

Estos tres atributos de un sistema cerrado – coherencia formal, equilibrio e integración- atormentan a los planificadores de la educación tanto como a los planificadores de las ciudades. El sistema cerrado traiciona el pánico al desorden del burócrata del siglo XX. [...] Pero pienso que existe una manera completamente diferente de situarse en la apertura porque el contraste social al sistema cerrado no es el mercado libre, ni tampoco la alternativa a la ciudad frágil es un lugar regido por los promotores.

Diría que el corazón del neoliberalismo en general, y del Tacherismo en particular, es hablar el lenguaje de la libertad mientras que se manipulan sistemas burocráticos cerrados para el beneficio privado de una élite. [...] El contrapunto al sistema cerrado reside en un tipo diferente de sistema social, no en la cruda empresa privada, en un sistema que sea socialmente abierto a otras voces atentas entre sí, y no aisladas haciendo cada una lo suyo.

2. Abierta

Para los científicos, los sistemas abiertos son compañeros familiares. El azar, las mutaciones,